

Los medios de comunicación... y los fines

Carlos Díaz

Universidad Complutense.
Miembro del Instituto E. Mounier.

1. Los medios de desinformación

Los pobres no tienen voz, aunque tengan voto; por el contrario los ricos disponen de todas las voces locas e hiperventrílocuas, se encuentran en posesión de todos los monopolios, incluidos los (des)informativos, pues —como todos saben— quien domina los medios obtiene más parcelas de poder. Por eso mismo se hace tan difícil educar para el Sur con una escuela y una prensa del Norte, hasta el extremo de haber visto con alguna frecuencia a gente de buena voluntad animada por una seria opción favorable a los pobres repitiendo sin embargo los argumentos de los verdugos del Norte servidos en papel couché y con todo lujo de luces y taquígrafos, lujo al que llaman *despliegue informativo*: pensemos en el magnate electrónico Berlusconi como realidad lograda o en Mario Conde como pretensión frustrada. En los últimos rifirrafes hispánicos, hasta que no cae Conde no pasa nada; cae Conde y entonces nos enteramos de muchas y muy interesantes novedades que de otro modo no se hubieran sabido nunca, puesto que quien controla la información es quien controla el poder.

En resumen, los medios de masa con sus agencias en el Norte resultan la voz y el rostro de quienes se lo pueden permitir y lo pagan, aunque griten desafortadamente que ellos son prensa *independiente* y soberana. Gorda mentira, gran fariseísmo. Se trata de una prensa tan independiente y soberana como España respecto de Alemania o de los Estados Unidos de Norteamérica. Y por lo mismo los pobres no constituyen de suyo noticia, a no ser cuando interesa a los ricos que sean carne de papel, es decir, en beneficio propio.

La noticia viene dada habitualmente en formato favorable a los de arriba. Incluso quienes supuestamente truenan en favor de los de abajo desde los medios de masa que poseen los de arriba resultan cómplices de quienes arriba les pagan y les firman contratos millonarios para ello. Ningún mecenas firmaría contratos millonarios en favor de quien le desenmascarase, obviamente. No sé si quien manda paga, pero desde luego quien paga manda, sobre todo cuando el pagador en cuestión es un propietario privado cuyos intereses han de ser administrados por todos los que están en nómina a su servicio. Elemental, querido Watson.

Los medios dominan las tácticas del camaleón y del avestruz. Cuando son los medios de masa, cuya misión es la de informar con toda la transparencia posible y con la máxima objetividad, los que alardean de salvadores de la patria gracias a que supuestamente tiran de la manta antes que nadie, o a que destapan valientemente la olla podrida, ojo, mucho cuidadito con ellos, pues incluso entonces, cuando menos lo parece, la desinformación polucionante suele primar sobre la información, la cual se lleva a cabo fundamentalmente de dos modos en apariencia contradictorios aunque en realidad complementarios, como reconoce con honradez (aunque, eso sí, predicándolo de los demás, en este caso del jefe del gobierno) un periódico madrileño de reciente creación, a saber, mediante la polución noticiosa y mediante la sequía noticiadora (el sociólogo Thorstein Veblen habló del triunfo de la *desinformación concisa*): «Hay dos maneras de no aclarar las cosas. Una consiste en callarse como un muerto, pase lo

que pase, y la otra se basa en la saturación de mensajes, hasta que la confusión y el hartazgo embotan el entendimiento de quien pide explicaciones... A los españoles parece que nos van las legislaciones frondosas. Tenemos miles y miles de normas para miles y miles de situaciones -aunque siempre falta al final la más necesaria-. Pero luego todo ese fárrago de ordenanzas, normas y disposiciones no sirven para casi nada: o no se cumplen, o no se aplican, o no se recuerdan ni por la autoridad competente» (En *La Información de Madrid*, 11 de mayo de 1994). La mayoría de los grandes medios de comunicación al uso de Occidente no siempre comunican ni siquiera cuando más blasonan al respecto, antes al contrario, es menester repetir que en su condición de medios median cual filtros opacadores de lo noticiable.

Vivimos bajo el signo de la *telecracia* o dictadura a distancia, o *pseudocracia* o imperio de lo falsificado: la ideología sustituida por la *imago-logía*. El videopoder está fabricando un nuevo modelo de homúnculo, pero a tales informadores tal público. En efecto, los españoles no nos caracterizamos por ser precisamente lo que se dice el pueblo más lector de prensa sobre el planeta Tierra, e incluso merecemos el triste privilegio de ocupar el último lugar de la fila en Europa por debajo de Grecia y Portugal, que serán países algo más pobres, pero al menos también algo más cultos. Desde luego, como para compensar, resultaría enormemente difícil que vieran más televisión que nosotros, los eurovisivos por excelencia, los amantes de la caja acusada de tonta por la mayoría de los tontos que la acusan.

Las cadenas de TV regalaron en 1993 las dos terceras partes de la publicidad emitida, por culpa de la crisis económica según parece. Se traduce esto en demasiados anuncios, y si la cordura no se impone dentro de poco habrá todavía más. Resulta tan barato anunciarse, que nuestro sistema audiovisual empieza a parecerse a un rastrillo de todo a veinte duros. Los anuncios devienen cada año más baratos, su bajo coste incrementa el consumo que de los espacios publicitarios hacen los anunciantes, el aumento del número de spots provoca el

cansancio de la audiencia y la pérdida de efectividad de éstos, su bajo impacto hace que los anunciantes contraten más anuncios a precios cada vez más devaluados... y cada cinco minutos corte y zapeo, con lo que el cansancio pone en peligro el mecanismo de la publicidad y por ende el de la televisión misma. Mientras tanto, dado este orden de cosas, según datos del índice Iope-Etmar de notoriedad de publicidad en TV, el anuncio más recordado era reconocido únicamente por el 31,87% de los encuestados, y eso además no dura mucho tiempo. O sea, algo así como la entropía publicitaria.

Los medios nos informan, en todo caso, extremadamente mal de ellas, a saber:

a. Muy fragmentariamente

Desde que nacemos nos entrenan hoy para no contemplar más que microrrelatos, fragmentos, pedacitos, rompiendo la realidad total en parcelas y prohibiendo armar el rompecabezas hasta dar una información global. Los dueños de este mundo del fin de siglo, los señores de los medios de masa, han desarrollado a niveles de deslumbrante perfección como nunca antes en la historia humana la tecnología de la información que informa a trocitos y por eso mismo desinformando por vía de micronoticias.

En los telediarios, lo mismo que en las telenovelas, hay héroes y villanos, ricos y pobres parcialmente repartidos, uno por ti y otro por mí. La dictadura electrónica ha dejado chiquita a la dictadura militar, de suerte que quien posee la televisión posee las armas, y viceversa. Se maneja, en definitiva, la noticia como si se tratase de balas de cañón, contra los pobres evidentemente.

b. Muy negativistamente

Desde luego lo que hoy nos ofrecen periódicos y telediarios e informativos en general no suele resultar muy gratificante al respecto; en un simple telediario de treinta minutos podremos contemplar todo tipo de catástrofes no sólo naturales e inevitables, sino de guerras a la carta, de hambres de toda naturaleza, de escándalos políticos y financieros de amplio espectro, etc., etc. Uno se pregunta muchos días tras el baño informativo/desinformativo dónde están en este fin

de siglo las buenas noticias de los teletipos y de las agencias, por qué no se saca de cuando en cuando en las cámaras a la gente feliz, a la gente sin más, o si es que acaso se ha terminado eso de la felicidad en todos los colectivos humanos a pesar de tanto anuncio vendiendo alegrías por minuto y placeres por segundo.

Pero entonces, si así fuera, ¿por qué no se intenta hacer un mundo mejor? ¿no pueden colaborar en ello los medios de masa, tan poderosos y tan capaces de configurar opinión? ¿quién se lo prohíbe?

Empero, dadas aquellas premisas, con frecuencia tiende cada uno a terminar buscando el sentido de su vida y la tranquilidad de su alma en la vida privada, en el círculo de los microegoísmos, abandonando la cosa pública a su propio caos pero sin tener en cuenta que el caos público interfiere y distorsiona la tan deseada como presunta placidez privada, y sin echarle al asunto las narices suficientes como para salir a la calle a intentar rehacer ese caos público causante de las interferencias. Pero no, francamente no hay por ahí valor para tanto, por lo cual resulta entonces bastante más socorrido lamentarse y buscar chivos expiatorios; como si el lema tácito pero universal que rigiese los comportamientos ciudadanos fuese el célebre «cada mochuelo a su olivo», casi todos damos antes o después por irremisiblemente perdida la calle.

c. Muy disimétricamente

Pero así están las cosas después de tanto ingeniero célebre y de tanto economista sueltos por esos Nortes y premiados con el Nóbel, esos laureados especialísimamente duros para con el Sur, que es por cierto aquel espacio humano del que menos noticias recibimos debido a que las agencias internacionales suministran sobre todo imágenes del Norte, por cuanto tienen su sede y su punto de mira informativo casi exclusivamente en el nicho ecológico de los poderosos de la tierra, y muy especialmente en ese sepulcro blanqueado que es la Casa Blanca donde el ciudadano americano rige los destinos del cosmos. Por eso estamos siempre tan bien enterados –y al parecer interesadísimos– en los líos de faldas de los habitantes de la Casa Blan-

ca (sepulcros blanqueados), o en los de faldas y pantalones de la dinastía monárquica inglesa, pero no sabemos apenas nada de las hambrunas pandémicas ni de las enfermedades de los pobres del Sur, resultado –por cierto– del exopolio al que el propio Norte somete al Sur.

Asimismo, todo el mundo parece haberse volcado en la guerra de los Balcanes, pero qué poco se corre buscando solucionar el sangriento conflicto dirimido a machetazos entre los más alejados, en Ruanda-Burundi, por remitirnos tan sólo a un ejemplo de entre los últimamente habidos.

En el mapa de nuestros informadores, que es el mismo que aprendemos desde pequeños en la escuela, América Latina ocupa menos espacio que Europa, y mucho menos que Estados Unidos y Canadá. Y lo peor de todo es que América Latina no solamente está achatada en el mapa geográfico, sino sobre todo en el mapa de la historia. Por eso los niños juegan a los cow-boys sin que ninguno quiera hacer el papel de indio. Por eso también se pueden admirar las ruinas portentosas de la civilización occidental, mientras se asiste impavidamente y de brazos cruzados, como recuerda el escritor Eduardo Galiano, al envenenamiento de los ríos y al arrasamiento de los bosques donde los indios tienen su residencia en la actualidad.

En fin, en la triste relación Norte-Sur, el diálogo siempre disimétrico entre el empresario y el (des)empleado viene en última instancia a reducirse a esto que el humorista Quique describe bastante fielmente:

- «¿Nombre y apellido?
- Desamparado, indigente
- ¿Profesión?
- Cesante
- ¿Domicilio?
- Transeúnte
- ¿Estado civil?
- Marginado
- ¿Grupo sanguíneo?
- Insolvente».

2. Los medios de comunicación... y los fines

La noticia viene dada habitualmente en formato favorable a los de arriba. La noticia se mane-

ja como si se tratara de misiles, quien posee los medios posee las armas y viceversa: ahora la moda está en filmar el ataque desde la línea de fuego, una metralleta un cámara. Así pues existe lo que es noticia y lo que no es noticia permanece en el umbral de la duda (nueva versión tecnotrónica del ilustrado *cogito ergo sum: me anuncio luego existo*; su versión macarra dice así: «hazte una foto, y si sales es que existes»).

Nunca tan pocos llegaron a tanto a costa de tantos. Es la moderna dictadura real que procede de la mera libertad formal, condición necesaria pero insuficiente para el ejercicio de la razón dialógica.

Bajo el peso de tales circunstancias los pobres no constituyen de suyo noticia, a no ser cuando interesa a los ricos que se tornen carne de papel, es decir, objeto de sensacionalismo amarillo o de expolio de cualquier clase; en pocas palabras, en beneficio propio.

No sé si esto lo comprenden todos los periodistas y todos los expertos en racionalidad comunicativa o lo ven muy «panfletario» y muy poco cartesiano, pero yo creo sinceramente que desde el Sur hasta un ciego lo ve y que es el Norte quien está ciego. En todo caso, con miopía o con hipermetropía, con vista cansada o sin ella, lo cierto es que, cuando se osa musitar en la medida de lo posible esta siquiera susurrante crítica, uno se arriesga a que le caigan encima y le condenen al ostracismo alegando que por pereza intelectual e ignorancia de las claves académicas sólo quiere matar al mensajero, y sin embargo ellos saben en su fuero interno que nosotros no deseamos matar a nadie en absoluto, ni siquiera a una mosca, lo único que queremos es denunciar la mentira a pesar de los cómplices de siempre, los *laudatores temporis*. Comprendemos que en su fiesta no caben los aguafiestas.

¡Para que luego digan que en los medios de comunicación predomina la neutralidad! ¿Neutros? Más bien digamos que neutrones o neutrinos, depende, pero no por casualidad a la larga, al través de sus bibliografías, de sus cátedras y de sus simposios, de sus teletipos y de sus satélites pedunculantes siempre alerta, suele hacerse del todo real y tangible la quinta-

sencia del más duro maquiavelismo: allí el fin (el mantenimiento del desorden establecido o que trata de establecerse) parece querer «justificar» los *medios*.

3. La persona fin en sí misma, y los medios al servicio de dicho fin en sí. Para que así sea.

Así que si ellos no informan, nosotros procuraremos enterarnos e informar de lo vedado. Crearemos entre todos una *sinergia de microrutopías informadoras y formativas*. Trataremos de lograr comunitariamente una cierta *agilidad*, aunque sólo fuere por motivos de urgencia. Intentaremos juntos crear *canales de comunicación populares*, redes informativas sin lenguajes arcanos que no comparte, sirviéndonos de todos los avances tecnológicos, que para eso están a disposición de todos: fax, correo electrónico, networks, organización de bases de datos con todo tipo de contactos, direcciones, centros de interés, instituciones, etc., etc. Sin olvidar desde luego en modo alguno a las palomas mensajeras, por gracia encargadas de mantener el gesto explorador de la creación, la huella de los acontecimientos que se deshacen, los suspiros de la nada, todo eso que conocemos y que procede de un océano infinito de energía que tiene la apariencia —sólo la apariencia— de la nada.

Para nosotros no existe otra posibilidad, y dicha posibilidad conlleva una exigencia de trabajo descomunal. Las gentes del Sur vienen sudando su camiseta desde hace mucho tiempo, y tendrán que continuar empapándola en el sudor de su ingente esfuerzo. Asumiremos, en fin, a tales efectos, las necesarias acciones culturales de sensibilización, de concienciación, de generación de inquietudes, de difusión del mensaje, de reflexión, de investigación, de creatividad, de esa poesía que no es sino un intento de ordenar el caos, de cultura popular en suma, esa cultura de ayer que hoy pervive tan dañada y tan desestructurada, asimilada al lenguaje del poder cuando no subvencionada y por ende secuestrada por él. **A**